

Tucumán en Buenos Aires

TOMÁS ELOY MARTÍNEZ

En la casa de don José Castellanos. Doña Clara y los 6 hijos. “Vinimos porque nos mandaron llamar”. “Allá estábamos mejor”. En la villa todos vivimos más o menos lo mismo. ¿Una foto?

BUENOS AIRES. (Escribe Tomás Eloy Martínez, especialmente para LA GACETA).- A las 3 de la tarde, el colectivo 208 atraviesa el Puente Uruburu. Unas diez cuadras más adelante, frente a la quema de basura, está el paredón largo que cerca a Villa Miseria. El colectivo me deja frente a una de las aberturas del paredón. Entro. La tierra es baja, fangosa. Hay un almacén a cincuenta pasos. El calor me envuelve como una soga. Busco las antenas de televisión que, según me han dicho, coronan por lo menos un centenar de estas casitas de zinc, lona, barro y (de vez en cuando) ladrillo. No veo ninguna. O sí, una aquí, arriba mío. Sobre el almacén. Pregunto dónde está la vivienda de Don José Castellanos. Me indican que debo caminar tres cuadras para adentro y doblar media más a la derecha. Empiezo a andar. Paso junto a la bomba de agua. Habrá unas 40 mujeres y chicos esperando, en doble fila. Es poca gente. Aquí viven más de 50.000 personas.

En la casa de don José

-Traé una silla para el señor, Ángela, traé una silla.

La mujer que me atiende se acomoda el vestido y el pelo y deja la escoba de suncho al lado de la puerta. Me dice que don José ha salido, que tenía una *changuita* (un acarreo de vigas para una obra en construcción) y no iba a volver hasta las 7.

-¿Es de LA GACETA usted? Hace como dos años que no leo LA GACETA... Aquí no leemos ni los diarios de aquí... A veces el José trae uno, los sábados a la tarde. Pero yo ya no tengo tiempo...

Me siento. Se amontonan a mí alrededor 6 chicos, desde los 8 años para abajo.

Son los hijos de don José Castellanos y de esta mujer que se llama Clara y debe de haber cumplido ya los 35. De las casas vecinas empieza a salir gente. Se quedan mirándome.

–¿Y cuándo se vinieron de Tucumán?- pregunto.

–Sería más o menos para el 58. Sí, para entonces era. Yo ya los tenía a estos 5. –Me va mostrando sus chicos-. El Negro, que ahora lo ayuda a don Zoilo en la cantina, la Angelita, Francisco, el José, el Luis...

–¿Y por qué se vinieron?

–Mire, nos mandó llamar don Pedro Díaz, que es el padrino de bautismo de El Negro y que nos había dicho que aquí el José iba a conseguir enseguida trabajo de albañil. Allá no estábamos del todo mal, no, que íbamos a estar. –Mientras me habla, doña Clara se va haciendo un rodete con el pelo suelto-. Yo hacía algunos lavados y el José se iba defendiendo con las *changas*. Y me parece que era más barato todo. Con mil o mil quinientos vivíamos. Aquí el José estuvo de albañil como 3 meses y después se acabó y volvió a las *changas*. Saca más o menos dos mil por mes. Pero no alcanza, qué va a alcanzar con 6 chicos.

Mitad aquí y allá

–¿No tienen parientes en Tucumán?

–Mitad y mitad. Ya se han venido dos hermanos del José y una hermana mía, que esa sí está lo más bien, se ocupa por horas de mucama y saca mucho. Vea, saca mucho, dos mil y a veces más... Más que nosotros con 6 chicos... Todavía hay un hermano mío allá y ya lo hemos mandado llamar, pero él no quiere. A lo mejor hace bien...

Doña Clara me dice que la disculpe, que no me muestra la casa porque está toda desarreglada (“¡También con estos incordios!”). Me cuenta que tiene una cocinita y un horno al fondo (“Eso sí con un techito”) y que los 8 que son de familia se las arreglan lo más bien en un solo cuarto (“Claro que el José está pensando el ampliar”).

Me levanto y enseguida la Angelita se sienta en mi silla. Doña Clara me pregunta:

–¿Qué va a ver a otros tucumanos? Hay unas 10 familias más en la villa.

Le digo que tal vez otro día. Hoy no.

–Hace bien –me dice–. ¿Qué va a ir a andar averiguando ahí? Todos vivimos más o menos lo mismo...

La Angelita me pregunta si le voy a sacar una foto. “Cada vez que vienen del cine o para los gaceteros nos sacan una foto...”

Doña Clara me invita a volver cuando quiera, “aunque es mejor por la mañana cuando está el José. El sí que le va a explicar bien todo”.

Salgo. La fila del agua es ahora un poco más grande.

Publicado el 27 de marzo de 1961

Los tucumanos salen de compras. Las rebajas y las promesas de recomendación en la provincia. La señora que duda. Vamos a comparar con “los precios de allá”. Un defecto de muchos.

BUENOS AIRES. (Escribe Tomás Eloy Martínez, especialmente para LA GACETA).- No hay tucumano en Buenos Aires que no cumpla con el ritual de *mirar las vidrieras*. Prefieren salir apenas *abren las casas* y cuando resuelven entrar a alguna, en Florida o en Suipacha generalmente, asume cualquiera de estas cuatro actitudes básicas que yo he podido clasificar después de cuidadosas observaciones: a) si quiere comprar algo determinado: una campera, una cartera, un par de zapatos; b) quiere comprar algo para llevar, pero no sabe qué; c) acompaña al que compra y por lo general, se aburre (actitud reservada al sexo femenino) y d) pregunta precios sólo para hacer comparaciones con “los de allá”.

Lo primero

Son las 9 de la mañana. La señora A... que vive en un hotel de la avenida de Mayo, arrastra a su marido por la calle Florida. Echa una ojeada a las vidrieras: está en busca de zapatos. Se sumerge en una tienda atraída por profusos letreros

que dicen, más o menos, “Liquidación fin de temporada”. Logra ser atendida. El diálogo que se desarrolla es aproximadamente el que sigue.

La señora: quiero que me muestre esos zapatos blancos y negros que están en la vidriera a \$ 750.

El empleado se los muestra, se los prueba, calzan perfectamente.

La señora: me los llevaría si me los deja a \$ 650. (Dirigiéndose al marido). En Tucumán hemos visto unos iguales que estaban a \$ 600, ¿no es cierto?

El marido bosteza y dice que sí con la cabeza.

El empleado: ¿Desearía algo más barato?

La señora: a ver, muéstreme...

El empleado regresa con 4 pares más. La señora se los prueba pero no parece conforme. Prefiere el primer par. Hace un nuevo intento.

La señora: A \$ 700 me los llevo. Y me haría clienta de aquí. Y lo recomendaría a usted en Tucumán, ¿no es cierto?

El marido vuelve a bostezar y agitar la cabeza de arriba abajo. El empleado dice que no es posible. La señora hace la compra, pero se retira con cierto resentimiento.

Lo segundo

El matrimonio sigue su caminata por la Florida. Ella recuerda que deben llevarles algunos regalos a los hijos. Piensan en la hija mayor. Entran en una *boutique*.

La señora: (a la empleada). ¿Qué podría aconsejarme para llevar de regalo a una chica como de 20 años?

La empleada: (solicita). ¿Le parecería bien una tela para delantal de cocina? Si usted quiere, podríamos hacerle el delantal aquí mismo.

La señora pide opinión al marido, éste dice que sí (diría que sí a cualquier cosa para terminar de una vez), y se entrega de lleno a la elección de las telas. Por fin se decide.

La empleada: ¿Para qué talle, señora?

La señora: un poco menos que yo (la señora pesa unos 75 a 80 kilos; la hija

ausente, 55). ¿Para cuándo estaría?

La empleada: Para el lunes (es un viernes).

La señora: Ah, no... nosotros viajamos mañana. ¿No puede ser para esta tarde?

La señora codea al marido para que la apoye. El marido sólo atina a bostezar y a agitar la cabeza. La empleada expone sus dudas. Dice finalmente que “se hará lo posible”. Ante tanta falta de seguridad, la señora desiste de la compra.

Variante de lo último

El matrimonio se ha detenido ante una vidriera.

La señora: ¿Has visto esos zapatos? A \$ 600, iguales a los que he comprado. ¿No podríamos volver a la otra casa a ver si anulan la compra? ¡600 pesos! ¡300 menos que en Tucumán!

El marido suspira y dice que sí con la cabeza.

Fin del paseo

El matrimonio ha llegado hasta la plaza San Martín. Marido y mujer están rendidos. Es la hora de almorzar. Hay docenas como ellos que emprenden la vuelta por Florida, Santa Fe o Suipacha. No son sólo tucumanos; no, ciertamente. Los rasgos que hemos expuesto son comunes a los que han venido de paso desde otras provincias y no es tampoco difícil encontrarlos en gordas señoras porteñas, compradoras consuetudinarias. Pero los tucumanos son quienes mejor responden al esquema apuntado. Y me atrevo a decirlo aunque (como algún personaje de estas notas, lo señalé cierta vez) “a nosotros no nos gusta que nos echen en cara nuestros defectos”.

Publicado el 6 de abril de 1961